

## RECENSIONES

Rosa María Torres y José Luis Coraggio. *Transición y crisis en Nicaragua*. San José: DEI, 1987, 256 páginas.

Este trabajo es parte del proyecto "La crisis en Centroamérica y sus alternativas," coordinado por el Instituto Centroamericano de Documentación e Investigación Social (ICADIS). A su vez constituye un primer avance de otra investigación en marcha sobre el proceso de 7 años de revolución sandinista vista desde el interior y exterior del país. Ambos proyectos se hacen dentro de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES).

El libro está dividido en dos grandes secciones: en la primera hay una detallada descripción de las fuerzas que componen el proceso revolucionario nicaragüense (derrocamiento del somocismo y establecimiento de un nuevo orden jurídico y revolucionario, la recomposición del campo de fuerzas políticas internas, el proyecto contrarrevolucionario y sus consecuencias políticas, el proyecto económico social sandinista para la transición, el pragmatismo político y la democracia y las crisis de las relaciones políticas) y en la segunda hay una cronología de la revolución nicaragüense desde 1979 a 1986. Esta segunda parte complementa con datos y hechos la primera.

Para los autores el origen de la crisis en Nicaragua es claramente el viejo sistema de dominación y explotación, dirigido por la dinastía de los Somoza, el cual entró en crisis en los 70 por una acumulación de contradicciones que generaron conflictos dentro del bloque dominante, manejados de tal forma que la fuente última de su poder, el gobierno norteamericano, no pudo salvarlo ni proveer un reemplazo satisfactorio para sus intereses.

Antes de julio de 1979, la cuestión era si esta crisis iba a tener como desenlace un simple recam-

bio político en el funcionamiento del sistema o si iba a ser una reforma del sistema político o una revolución. El resultado de la lucha del FSLN contra el régimen somocista hizo que la posibilidad de un mero recambio quedara superada históricamente.

Estas páginas pretenden mostrar así la cara oculta de la revolución nicaragüense, puesto que en la crisis de transición hacia una nueva sociedad, existen contradicciones internas en el proceso, múltiples y matizadas situaciones críticas, las cuales aparecen transfiguradas o bien no aparecen para el observador externo e incluso para el interno. El libro subraya con mucha fuerza estas contradicciones y las crisis que se han dado, pues es dentro de este sistema de contradicciones, en las transformaciones y regresiones, en los estancamientos y bloqueos que imprimen al proceso un carácter de desarrollo desigual en lo político, económico e ideológico, en donde se puede definir la naturaleza de la revolución nicaragüense. Con este enfoque se puede establecer la forma tomada por la crisis regional en Nicaragua e iluminar el significado de la crisis de hegemonía en el mundo capitalista.

Este enfoque busca, además, desmitificar los tratamientos del proceso revolucionario nicaragüense. Por eso estas páginas están dirigidas contra quienes parten de un modelo ideal revolucionario que no han tenido cumplimiento en ninguna parte. Incluso si se toman como referencia los ideales de los mismos dirigentes sandinistas, se debe concluir junto con ellos, que tampoco en Nicaragua se han cumplido totalmente y que deben reconocerse errores y rectificaciones. Si se tomara en cambio como norma de cumplimiento de los derechos humanos y sociales el resultado de las últimas tres décadas de política en el continente, incluyendo a Estados Unidos, Nicaragua revolucionaria sienta patrones nuevos de referencia mucho más exigentes, incluso prescindiendo de la guerra.

Hay quienes, por otra parte, tienden a idealizar la revolución sandinista, convirtiéndola en un modelo sin contradicciones, negando con ello, la dura realidad de hacer una revolución a partir del atraso y en medio del asedio de la potencia hegemónica. Este idealismo tiende, al mismo tiempo, a negar el carácter revolucionario o progresista de fuerzas y procesos que, en sus propios países, no pasan ya por la toma del poder, restando así eficacia política a la lucha.

Por lo tanto, esta es una presentación crítica de los 7 años de revolución sandinista. Es interesante e importante señalar que los elementos críticos no provienen de la postura ideológica de los autores, sino de la contradicción histórica y los principios y modelos planteados por los mismos dirigentes sandinistas. En este sentido, el libro es un ejercicio interesante y ejemplar de crítica, de la cual no está exenta ninguna realidad histórica, aunque ésta sea revolucionaria. Los procesos revolucionarios no tienen ninguna virtud especial que pueda liberarlos de la crítica.

Para lograr estos propósitos, los autores fueron a las fuentes de la información periodística y a entrevistar a algunos de los participantes más activos dentro del proceso revolucionario.

R. C.

Karl-Heinz Weger. *La crítica religiosa en los tres últimos siglos. Diccionario de autores y escuelas*. Barcelona: Editorial Herder, 1986, 404 páginas.

Este léxico de autores críticos de la religión quiere dar un conocimiento preciso de los argumentos de esa crítica religiosa y su valoración. La obra nació del trabajo del Institut für Fragen der Religionskritik de la Escuela Superior de Filosofía de la Facultad de Filosofía S.I. de Munich. El léxico pretende ofrecer una introducción abreviada (lexicográfica) y escrita por un autor competente en los argumentos de la crítica religiosa actual moderna. La intención de este libro es, pues, informar de un modo compendiado y fiable sobre la argumentación y la posición crítica religiosa de los críticos modernos de la religión. La bibliografía proporcionada y la indicación de las fuentes permite, además, profundizar en los autores y comparar sus posturas.

El criterio para incluir autores es amplio hasta cierto punto, pues no sólo presenta a los críticos ateos, sino también a aquellos pensadores quienes sin ser ateos o agnósticos proporcionaron argumentos a sus sucesores. Sin la filosofía de Kant, por ejemplo, que discute la posibilidad metafísica del conocimiento de Dios para dejar después espacio para la fe, no puede entenderse la crítica religiosa de la era moderna. Eso prescindiendo de la fe personal de Kant. En este sentido, el lector encuentra una su-

cesión de argumentos de crítica de la religión. El período cubierto comprende la ilustración inglesa, la francesa y la alemana.

Como los fundamentos de la fe raras veces entran en los argumentos de la crítica de la religión, se impuso de un modo necesario, en lugar de una refutación explícita de la crítica religiosa en forma de demostración de la existencia de Dios, el someter al final de cada exposición particular la crítica religiosa ofrecida a una valoración crítica, tratando de estimar adecuadamente el propósito justificado de un determinado autor. Se pone en tela de juicio la argumentación cuando, por partir de supuestos inaceptables o por sacar conclusiones no lógicas, se hace necesaria y se justifica una crítica interna de la crítica religiosa.

De esta forma, el lector no se queda solo. Por eso mismo, encontrará referencias a cuestionamientos necesarios de la crítica atea de la religión, concebidos como estímulo y ayuda para el lector crítico. La bibliografía que sigue a cada colaboración, así como la selección de la literatura más reciente en las obras de carácter general que figuran al final del libro, sirven para orientar al lector.

Antes de presentar la postura crítica hacia la religión de cada uno de los autores, se establece, mediante una escueta introducción, una visión general de su pensamiento, completada con algunos datos biográficos. Una tabla cronológica, añadida al final, permite abarcar de una sola ojeada los datos biográficos de cualquier crítico de la religión con los de los otros.

Cada colaboración está subdividida en tres secciones fundamentales, datos biográficos y objetivo general del autor en cuestión, exposición de su crítica de la religión y valoración de su argumentación. La estructura del léxico por autores está motivada por la temática del libro, pues la crítica de la religión va asociada preferentemente a unas personas y es difícil dividirla en campos objetivos, los cuales a menudo se sobreponen. Pese a ello, el índice de conceptos, con sus referencias a los argumentos que aparecen frecuentemente, facilitan una comparación cruzada.

Esta clase de léxico es muy útil para hacerse una idea general primera y en especial para consultas rápidas. El título del léxico debe completarse, sin embargo, indicando expresamente que se trata de "la crítica religiosa de los tres últimos siglos en el Noratlántico," pues a esa región del mundo pertenecen todos los autores incluidos. Esta observación es importante porque los pensadores noratlánticos no tienen el monopolio de la crítica religiosa ni es su crítica la única posible ni la única válida.

R. C.

Josef Schmitz. *Filosofía de la religión*. Barcelona: Editorial Herder, 1987, 216 páginas.

Este manual de filosofía de la religión pretende ubicarse dentro del cuadro desconcertante que ofrece la religión en el mundo actual. Le preocupa la yuxtaposición a escala mundial de religión y de irreligiosidad o de crítica a la religión, la cual implica el mutuo cuestionamiento de los hombres religiosos y de los no religiosos. Dentro de este marco desconcertante se está produciendo la desaparición de la experiencia religiosa en las religiones institucionalizadas y un renovado y creciente interés por las experiencias religiosas fuera de tales instituciones. Más aún, dentro de la civilización occidental, concretamente en el primero y segundo mundo, es evidente la pérdida de relevancia de las religiones; mientras que en el tercer mundo, las religiones están adquiriendo una importancia sociopolítica considerable.

Antes de este horizonte, este manual se pregunta, entonces, por la esencia y las propiedades, por el sentido y el derecho de la religión. Su objetivo es ofrecer una filosofía de la religión en el sentido de buscar razones y fundamentos. Dicha justificación no se prueba mediante la demostración de la existencia de Dios, sino que busca cómo acreditar la religión ante la razón humana como una forma de vida que merece el asentimiento general de la humanidad. En otras palabras, el autor pretende ofrecer una interpretación coherente y legítima de la existencia humana.

El horizonte de Schmitz es exclusivamente racionalista, en el mal sentido del concepto, pues está preocupado por justificar la religión ante la razón a través de un método que llama interpretativo, el cual ante todo pone de relieve y toma en serio la singularidad de la conducta religiosa y de las manifestaciones de índole religiosa, que busca el sentido y la significación de los actos y fenómenos religiosos y que los relaciona con lo que significan y persiguen.

Esta metodología asume la existencia de una realidad fuera del sujeto religioso y con la cual éste puede entrar y entra en relación. "Los objetos intencionales inmediatos de la conducta religiosa no se entienden como síntomas, sino como símbolos que pretenden comunicar algo objetivo" (p. 31).

Con el propósito de ampliar la propia experiencia religiosa y de cuestionar la propia inteligencia previa del fenómeno religioso, Schmitz asume, en la primera parte de su manual, los aspectos y resultados de las distintas disciplinas de la ciencia religiosa.

En la segunda parte se ocupa de la esencia de la religión. Para él, el origen inmediato y directo de la religión es el acto básico religioso. En consecuencia, analiza dicho acto y su objeto intencional co-

mo el mejor camino para descubrir la esencia de la religión.

Preocupado por la validez y la justificación racional de la religión, en la tercera parte pretende demostrar cómo la religión es un comportamiento humano cargado de sentido, justificado y necesario (p. 35).

En el desarrollo de estas tres partes, Schmitz se desliza rápidamente por el idealismo racionalista y, a nuestro parecer, deja intacto el problema real de la religión. Si se hubiera atendido a la conducta humana tal como lo había prometido, analizando su realidad religada, probablemente hubiera sido una reflexión más aceptable. Comete, precisamente, el mismo error contra el cual ha advertido en las primeras páginas, "no pasar por alto el contenido y sentido de los fenómenos religiosos explicándolos como efecto de algo no religioso..." (p. 32). En sus reflexiones no ha tomado en cuenta ni la historia de las religiones ni explica analíticamente la realidad de la religación, que es donde se halla la clave del problema.

En efecto, el manual se extravía al fijarse más en el sentido, el contenido y las intenciones del acto religioso y se olvida de la realidad del sujeto que hace el acto religioso. Las reflexiones que ofrece son precipitadas y por eso mismo se extravían. Antes de haber posibilidad de un acto religioso, con contenido y sentido, hay realidad humana religada. Ciertamente, estas reflexiones filosóficas no ayudan mucho a entender la importancia política ni social de las religiones en el tercer mundo en la actualidad. Y probablemente tampoco explican mucho de la pérdida de relevancia de la religión en Europa. Reflexiones como ésta tampoco ayudan a encontrarse con la propia realidad religada.

R. C

Raúl Gómez Treto. *La Iglesia católica durante la construcción del socialismo en Cuba*. San José: DEI, 1987, 136 páginas.

Esta es una interesante y novedosa crónica de la Iglesia católica cubana a partir de la revolución. En la primera parte (1959-1960) se subraya el esfuerzo de la jerarquía eclesiástica por evitar que la revolución se radicalizara o "desviara" hacia el comunismo y por su enorme desconcierto al fracasar en este intento.

La segunda parte describe la confrontación que siguió, entre 1960 y 1963. Al no poder controlar la revolución, la jerarquía y algunos católicos "más acomodados" decidieron combatir abiertamente la revolución en alianza o como instrumento de otras fuerzas reaccionarias nacionales y extranjeras. Se quiso manipular la religiosidad popular para enfrentar a los creyentes con la revolución.

La tercera parte se caracteriza por la evasión al fracasar el proyecto contrarrevolucionario anterior, es decir, la jerarquía promovió la huida del país, coadyuvando así a la emigración de técnicos y profesionales.

En la cuarta parte se describe la época de Medellín y Puebla; y en la última se recoge la información existente sobre el diálogo recién comenzado entre el Estado cubano y la Iglesia, representada por los obispos.

Esta crónica tiene dos aportes importantes. El primero es ofrecer una primera explicación de la historia de la Iglesia cubana después de la revolución desde dentro y sin la influencia de la propaganda anticomunista. El ser una crónica no le quita interés por la riqueza ordenada de datos que aporta. El segundo aporte consiste en poner en evidencia los tremendos errores históricos cometidos por la Iglesia universal y la cubana al enfrentarse con el proceso revolucionario cubano. Unos errores que, en la práctica, la Iglesia no los ha querido reconocer ni parece haber aprendido mucho de ellos.

La jerarquía y la burguesía católica cubana quisieron poner la revolución a su servicio y cuando no pudieron hacerlo, más porque aquélla fue consecuente con la separación de la Iglesia y el Estado, comenzaron a combatir la revolución hasta el extremo de llegar a apoyar abiertamente la invasión de Playa Girón. En esta invasión patrocinada y financiada por Estados Unidos participaron tres sacerdotes. Cuando esta aventura invasora fracasó, se dedicaron con igual fervor a promover una invasión directa de Estados Unidos.

Los católicos cubanos fueron sumamente sensibles a la propaganda contrarrevolucionaria, dirigida desde el exterior, y apoyada internamente por una interpretación muy conservadora de la doctrina social de la Iglesia y de la teología. De esta forma, los obispos creían interpretar el sentir y pensar de la mayoría del pueblo cubano.

Las consecuencias fueron desastrosas para la Iglesia y más aún para la expansión del reino de Dios en la isla. En primer lugar, los obispos y el clero se aislaron del pueblo, perdiendo comunicación y solidaridad (p. 35). En este sentido no tenían ninguna representatividad popular. En segundo lugar, sus estrechos horizontes los llevaron más a tratar de "salvar" a los católicos del comunismo que a predicar la buena noticia del reino de Dios en la sociedad cubana en proceso de transformación (p. 41). Así, la Iglesia cubana se fue haciendo extranjera. Tenía los pies en Cuba, pero su mente y su corazón en Miami y Madrid (p. 52).

Las opciones políticas de los obispos y del clero, obligaron al Estado cubano a considerarlos como enemigos peligrosos. La Iglesia fue víctima de

la represión estatal, no por causa de la fe, sino por causa de sus opciones políticas contrarrevolucionarias. Las medidas represivas fueron drásticas, no cabe duda de ello. Sin embargo, ningún sacerdote fue ajusticiado ni fusilado, pese a sus posturas y compromisos claramente contrarrevolucionarios. Con la expulsión de muchos religiosos de la isla se desarticuló una importante red contrarrevolucionaria.

Por otro lado, esa política eclesial provocó que mientras unos abandonaban la isla, emigrando, otros desertaban de la Iglesia, integrándose completamente al proceso revolucionario. Más de la mitad del clero secular salió de Cuba voluntariamente. El clero regular salió voluntariamente o fue expulsado por el Estado. Las religiosas quedaron reducidas a la mínima expresión, unas cuantas ancianas que se quedaron cuidando grandes conventos para evitar que fueran nacionalizados o que pasaran a ser propiedad de las respectivas diócesis. Es decir, los pastores abandonaron el rebaño, y éste desorientado y abandonado, también se dispersó.

Entre los laicos surgió un movimiento para sustituir al clero ausente, pero no fue suficiente ni eficaz, pues se clericalizaron y convirtieron su tarea en un refugio para mientras podían abandonar la isla y para evitar tener que colaborar con el proceso revolucionario.

Las dos últimas partes del libro que comentamos son más bien pobres e insuficientes. En la penúltima, el autor trata de dar a Medellín y Puebla un papel que no jugaron dentro de la Iglesia cubana. Su misma presentación de Medellín es insuficiente y demuestra desconocimiento serio de los documentos.

La apertura y el diálogo entre la jerarquía y el Estado no está tratada a fondo, pese a ser un elemento muy novedoso. En efecto, este nuevo paso se ha debido a factores externos, pues si bien la Iglesia cubana no ha vuelto a conspirar ni alienta ya la emigración, la mutua desconfianza entre ella y el Estado, se ha ido perdiendo gracias al aporte de la Iglesia latinoamericana en este campo.

R. C.

Rudolf Schnackenburg. *El evangelio según San Juan. Tomo IV. Exégesis y excursus complementarios*. Barcelona: Editorial Herder, 1987, 212 páginas.

Este volumen es un complemento a la enorme obra de investigación y reflexión exegética de este autor, quien entre 1965 y 1975 comentó el evangelio y las cartas de San Juan. En este nuevo volumen, el cuarto, Schnackenburg da una mirada a su trabajo anterior y trata de completar algunas exégesis anteriores, pero siempre sin pretender dar las respuestas definitivas que nadie posee.

En este cuarto volumen presenta una visión panorámica del desarrollo y del estado de la investigación joánica desde 1955. Luego ha introducido una selección de sus múltiples colaboraciones sobre el tema, las cuales no son fácilmente accesibles para el lector del comentario. En sus estudios más recientes, algunos de los cuales aparecen en este volumen, Schnackenburg está más interesado en las cuestiones metodológicas. En la tercera parte de este volumen el lector encontrará exégesis de los siguientes textos, insistiendo más en los aspectos metodológicos: el pan de vida; el discurso del Buen Pastor; Jn. 12, 39-41: la interpretación cristológica de la Escritura por el autor del evangelio; composición y sentido del discurso de Jn. 15; la cita de la Escritura en 19, 37; y gloria y unidad. Al final del volumen se encuentra un apéndice al tomo III.

Dos temas relevantes para la fe de hoy aparecen con claridad. El primero es la preponderancia del Espíritu Santo en la experiencia cristiana de la comunidad joánica y la segunda, la misión de predicar al mundo incrédulo con la palabra y el ejemplo.

En efecto, en la comunidad joánica sorprende la fuerte vinculación al Espíritu y la conciencia vital de su presencia y de su acción. La concepción latente del Espíritu se enmarca en el cristianismo primitivo y no da derecho para hablar de una comunidad marginal en el espacio y en la teología (p. 62). En el excursus sobre "La comunidad joánica y su experiencia del Espíritu," Schnackenburg propone una solución al problema de la autoridad docente y la comunidad adulta, un problema cada vez más crítico en la Iglesia de hoy. El Espíritu Santo actúa en todos los creyentes, en la comunidad, en la Iglesia, en los llamados a predicar y a los ministerios y en el magisterio, pero en cada caso actúa de una manera específica y siempre, desde luego, con vistas a la unidad. De aquí resulta que la unidad sea problemática para los hombres, pero no para el Espíritu. Según Schnackenburg no se puede oponer la plenitud del Espíritu que recibe la comunidad a la dotación espiritual de los encargados de los ministerios; pero tampoco caben a la inversa, aislar la peculiar dotación espiritual que éstos han recibido y enfrentarla a la comunidad y a la asistencia del Espíritu que la misma comunidad tiene asegurada (p. 56).

Si la presencia y la acción del Espíritu Santo deben tomarse en serio, tal como lo hacía la comu-

nidad joánica, en la vida cristiana todo está abierto a lo que el Espíritu vaya diciendo. Aquí sólo hemos apuntado un problema agudo en la vida eclesial actual, pero esta perspectiva joánica permite enfrentar todos los otros aspectos de la vida en Jesucristo, según el Espíritu Santo.

Otro elemento importante que discute Schnackenburg es la idea de misión, sus perspectivas teológicas y las cuestiones que ella plantea. La misión, según la concepción joánica, jamás debe dejarse de lado. La comunidad cristiana no está para vivir encerrada en sí misma, sino para salir a misionar el mundo incrédulo. En este esfuerzo misionero entra en juego el testimonio existencial de la comunidad creyente. Más aún, en determinadas situaciones adquiere un mayor peso que la predicación que llama directamente a la conversión.

En la actualidad, Schnackenburg piensa que se debe enjuiciar la problemática de la fe en una forma más compleja que a como la plantea Juan (p. 76). Su alternativa, creer en Jesucristo, Mesías e Hijo de Dios, para tener la vida, o no creer y sumirse en la muerte, no hace justicia a las dificultades del creyente de hoy en día. La disyuntiva de Juan está planteada desde la fe resuelta de que Jesucristo es el único camino al Padre y se enmarca dentro del contexto histórico de un enfrentamiento tajante, especialmente con el judaísmo incrédulo. Entonces, pensando en el apoyo de la "atracción" divina y en la primacía absoluta de la iniciativa salvífica de Dios, tampoco se le pueden imponer a él prescripciones sobre los hombres a quienes ha de salvar y el tipo de fe que los mismos han de mostrar. La comunidad creyente debe anunciar al mundo el mensaje de Jesucristo y darle credibilidad con su testimonio. Cómo hacer el anuncio en cada caso es cosa que debe dejarse al Espíritu. El irá guiando a la comunidad, siempre y cuando ésta se mantenga unida a Jesús como la vid y los sarmientos.

Este libro técnico y primordialmente para especialistas, es muy sugerente para cualquier cristiano interesado en profundizar en la presencia y la acción del Espíritu. Tenemos muchísimo que aprender de la concepción joánica de la vida cristiana y esta obra de Schnackenburg ofrece una excelente oportunidad para introducirse en tal aprendizaje.

R. C.